

vivo que nos digas si verdaderamente eres el Cristo, el Hijo del Dios de toda santidad,» clamó el gran sacerdote Caifás.

Y solo al fin cuando todo estaba consumado, y vino la muerte, es cuando se impuso al mundo que le rodeaba la convicción de su divinidad: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» exclamó el centurión del Calvario.

Pero en Nazaret nadie sabía lo que era aquella preciosísima criatura, aquel joven incomparable. En varias ocasiones, cuando más tarde empezó á revolotear la fama en torno suyo, sus compatriotas se extrañaban y decían: «—Pero no era el hijo del carpintero? — ¿Acaso no conocemos á su Padre y á su Madre?—¿Donde ha aprendido todo lo que sabe?» se decían.

En este pueblo tan aferrado al monoteísmo resultaba una idea difícil de introducir la de la Trinidad, y por ende la de la Encarnación. Sólo poco á poco se fué haciendo á esos impenetrables misterios; y si al fin cedió y depuso su actitud hostil fué ante la evidencia de la verdad

\* \* \*

La fe nos dice, que Jesús desde el primer instante de su existencia humana, tuvo plena conciencia de su divinidad — Esto es una consecuencia de su personalidad. En efecto, por razón de la unión personal de la humanidad de Cristo con el Verbo eterno es muy justo atribuirle, todas las perfecciones que no sean incompatibles con la condición de su naturaleza creada. Ahora bien, respecto del alma de Jesús, el hecho de haber tenido conciencia, desde el instante de

su creación, de su unión hipostática con el Verbo de Dios, lejos de presentar incompatibilidad con su condición de naturaleza creada, parece ser muy conveniente para su singularísima dignidad.

Es por lo tanto muy justo el pensar que su alma desde el primer instante de su existencia se vió inundada de divina luz y gozó de la visión beatífica que permite ver á Dios cara á cara y tal cual es. Su inteligencia fué maravillosamente iluminada por la ciencia infusa con que Dios le adornó al comunicársele. Su corazón se vió abrasado por el amor del Verbo al Padre. Su voluntad se adhirió inquebrantable á la voluntad divina. Este ser humano se sintió Dios desde el primer momento de su vida. Comenzó desde el primer instante á ofrecer á su Padre celestial todo su tributo de adoración y de amor, todos los latidos de su corazón y toda la sangre de sus venas. Desde este primer instante elevó al cielo ese cántico de inefable armonía, ese himno de infinita gratitud, que resumía en sí todas las voces de la creación, himno que aún no había oído el Creador.

Pero si bien es verdad que esta conciencia de su divinidad pudo tenerla Jesús con todo ese mar de luz que lleva consigo, es también muy posible que el Verbo de Dios tuviese en cuenta la fragilidad del vaso en que se encerraba para no quebrarlo con una instantánea plenitud que forzase la delicada arcilla; es muy posible que esa comunicación se hiciese por grados; á medida que la naturaleza humana se fortificaba y desarrollaba, se iba Dios presentando á su conocimiento, de modo que la naturaleza humana iba sirviendo, por decirlo así, de medida al Incomensurable.

De este modo á pesar de la inmutabilidad de la naturaleza divina, todo lo que de humano había en Jesús, fué pasando por las diversas fases que presenta el desarrollo en los demás hombres. ¡Ah! ¡No hay cosa más tierna que esta idea!

El Creador del universo, el Sér eterno é infinito, nuestro Dios omnipotente y amable se ha sometido, por amor nuestro, á nuestra pequeñez, se ha moldeado en las fragilidades del niño puramente humano.

En aquella gruta de Belén no se ve por ningún lado vestigio alguno de su majestad, de su grandeza ni de su justicia; todo lo llena su bondad anonadándose hasta la debilidad, y su amabilidad llegando al arrobamiento de nuestros corazones.

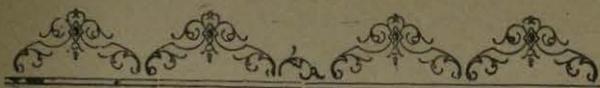
Solo María, su Madre Inmaculada se está dando cuenta de todo. Cuando le envolvía en una mirada de ternura, le reclinaba en su regazo, y le oprimía contra su corazón; cuando le alimentaba con el néctar purísimo de sus pechos y le cubría de besos y ternuras. .. ¡Ah! que vaivenes de amor experimentarían su corazón, qué apoteosis de ternura, en qué dulce arrobamiento viviría su alma!

Y cuando paseó por aquel semblante divino esa primera sonrisa que sólo se ve en la faz del niño; cuando su lengua empezó á balbucir las primeras palabras que brotan de los labios del hombre; cuando sus pies se aseguraron y le permitieron ensayar los primeros pasos.... ¡Qué éxtasis cristalizaría la mirada de su madre! ¡Cómo seguiría con sus pupilas aquellos progresos de la vida en aquel Niño que era su hijo y al mismo tiempo su Dios.

Durante varios años, solo María gozó en su pleni-

tud del conocimiento de su Hijo. Ella concentró en su corazón la admiración y el amor de la humanidad entera; y durante esos años esta adoración y este amor bastaron para satisfacer al corazón de Jesús.

---



## EL SUEÑO INTERIOR

Jesús vivía en un perpetuo éxtasis, — suponiendo que esta palabra pueda expresar debidamente el misterio de su vida abismada en Dios.

A veces nos extrañamos de los treinta años de silencio en que se encerró Jesús en Nazaret. Y es que nos olvidamos de que para Dios no hay tiempo; y la humanidad de Jesús, entonces vivía, por decirlo así, de la vida del mismo Dios; además tampoco tenemos en cuenta que esos treinta años á primera vista tan vacíos, fueron años muy llenos, muy ocupados en la labor interna de Jesús; labor de tan prodigiosa actividad que excede los límites del tiempo y del espacio. Así, durante esos treinta años, su alma privilegiada se fué iniciando en todas las divinas maravillas, arrobada en el ensueño de lo infinito. Entonces contemplaba en las profundidades de la eternidad, el inefable misterio de esta vida trina y una, cuya noción completa dista infinitamente de nuestro conocimiento. Comprendía con una visión ideal el encadenamiento de los designios de Dios sobre el mundo; el decreto de la Creación, la previsión de la caída del Angel y de la desobediencia del Hombre; la ofrenda voluntaria y generosa del Verbo para rescatarle y «para restaurarlo todo en El.» Véa cómo el mundo brotaba de la nada al mandato de la eterna Palabra;

y la luz invadía los espacios y los inmensos luminas- res se separaban unos de otros, lanzándose por sus órbitas con admirable armonía; y el sol se entroni- zaba presidiendo el día y la luna quedaba reina de la noche; y el mar se retiraba, se agitaba convulsivo replegándose allá en sus abismos y luego humillaba su arrebató ante el grano de arena que ponía dique á su oleaje; veía cómo la tierra se vestía de verdor y se arbolaba con las flores; y la sacudían nerviosos los raudales y las aves surcaban los aires sin dejar huella de su paso; viendo al fin cómo aparecía el hombre á presidir el conjunto como rey de la Crea- ción visible.

Contemplaba las distinciones que Dios hacía á su predilecta criatura; los días sobrado fugaces de la inocencia; la locura del orgullo, causa de la rebelión y de la caída; las venganzas de Dios sobre los hombres prevaricadores; pero lo mismo veía la Promesa de la Redención futura; la dispersión de los pueblos; la elección hecha por Dios en la estirpe de Abrahán; las innúmeras intervenciones divinas en la historia de Israel; Moisés, los Jueces, los Profetas, los Reyes, los grandes testigos de Dios ante los hombres; veía la sucesión de acontecimientos, las setenta semanas de años tocando á su fin y la hora de la Encarnación marcada en el cuadrante de la eternidad.

Gracias á la presciencia divina, que le fué comuni- cada superabundantemente, el alma bienaventurada de Jesús comprendía de antemano todas las peripe- cias de su vida terrenal, los treinta años de su pre- paración silenciosa; la resonancia del bautismo de Juan; la vocación de los Apóstoles, la evangelización de Galilea y Judea; los milagros en que debían apo-

yarse sus palabras; el entusiasmo de las turbas ante la Buena Nueva, las contradicciones del mundo; las persecuciones de los fariseos; el sombrío drama final en que al parecer todo moriría para nacer de nuevo; y el odio haría sonar su clarín de victoria cuando sólo el amor era el que realmente quedaba vencedor.

Jesús veía la gloria eterna levantándose de su tumba en un piélago de alegría, la mañana de la Resu- rrección. Veía los principios de la Iglesia con las pre- dicaciones de los Apóstoles, como el grano de mos- taza que debía cubrir después la tierra con la sombra de su ramaje. Veía las almas predestinadas cómo iban cayendo sucesivamente en las cariñosas redes de aquellos pescadores de hombres, á quienes muy pronto pensaba mandar á conquistar el mundo. Veía la sangrienta cosecha que debía recoger durante tres- cientos años, gracias al odio que le profesaban los próceres del mundo. Veía el imperio romano derri- bado al pie de su Cruz triunfante en la persona de Constantino; veía el desarrollo de su Iglesia, cómo recogía y domeñaba á los Bárbaros; conservaba los antiguos documentos y sobre las cenizas del Paga- nismo humeante, fundaba la Civilización Cristiana. Veía á los Herejes continuar la obra de sus persegui- dores y á los Escépticos modernos seguir la huella de los Herejes, para tener siempre á su Iglesia en movimiento, bajo la ley de la eterna contradicción que hasta El debía soportar.

Pero venciendo los obstáculos y allanando dificultades iba prosperando el Evangelio, ante sus ojos, gracias á la infatigable acción de los Apóstoles de todos los tiempos. Veía su grey esparcida, atolon- drada, descarriándose por las espesuras del tiempo y

del espacio, y como los corderuelos iban acudiendo á su voz y entraban en el divino redil. Al llegar aquí se sentía emocionado al ver las terribles pruebas á que se les sometía y sus augustos labios murmuraban cariñosos su nombre uno por uno, cual mandándoles consuelo de antemano.

Veía la innumerable multitud de Elegidos de todos los países, idiomas y condiciones, llevando en su frente el brillante signo de su Cruz, y su alma empapada de luz y regenerada en las olas de su sangre Redentora, y ante aquellas huestes sin número, su corazón brincaba de júbilo amoroso, aquellos eran los hijos de su corazón y los coherederos de su patria.

En su ideal no había ni judíos, ni paganos, ni griegos, ni bárbaros; ni señores, ni esclavos, ni negros, ni blancos; ni ricos, ni pobres... no había más que Hijos de Dios.

Después de terminada la obra terrenal y completas las listas esplendorosas de los Elegidos, veía la majestad del juicio final, apoteosis adecuada de su humanidad, que humillando la tierra bajo sus pies, recibiría el homenaje de la adoración del mundo entero. Todo lo cual sería como el atrio de la gloria, por donde pasarían los Bienaventurados para entrar en la celeste Jerusalén, en el universo renovado; y más allá, dilatándose hasta el infinito, veía las eternas perspectivas en el seno de la gloria increada, de la paz imperturbable, de la felicidad sin fin.

De este modo el alma de Jesús sumergida en la adoración de su Padre y en el amor de sus Hijos adoptivos se elevaba muy por encima de las preocupaciones ordinarias, de esos valladares mezquinos que separan á los pueblos y á los hombres; y esos

miseros y ruines conflictos que provocan la agitación mundana pasaban por su pensamiento con la mayor indiferencia; juzgaba baladí todo el ajetreo del hombre defendiendo razas y naciones.— Su mirada dominaba el mundo y su corazón abarcaba á toda la humanidad.

Perdido en este sueño interior vivía silencioso y meditabundo. Absorto en sus pensamientos y en la sublimidad de sus designios, jamás caía de sus labios una palabra ociosa y sus ojos no vagaban por ninguno de los horizontes de nuestras vanidades.



## SU CIENCIA EXPERIMENTAL

---

De día en día la naturaleza humana de Jesús adquiría de los hombres y de las cosas, que le rodeaban, una ciencia experimental que corroboraba su ciencia infusa.

Por la alegría que alborozaba nuestro espíritu, cuando conquistamos una, idea nos podemos imaginar la satisfacción interior de su inteligencia á medida que iba penetrando por la puerta de los sentidos en los misterios de la naturaleza.

Todos los seres creados, desde el más enorme al más insignificante y diminuto, son verdaderas obras maestras. El arte humano de más vuelos no ha llegado más que á obtener imperfectísimas copias; pero todo lo que ha salido de la mano del Creador lleva el sello de su infinita perfección. El hombre se enorgullece y su espíritu se regocija cuando descubre algo de las maravillosas leyes de la naturaleza, como las que regulan la diminuta cristalización, la formación de una flor, el micro-organismo de algunos seres; y la admiración sube de punto á medida que el conocimiento escala mayores perfecciones, y no halla léxico suficiente para expresar su pasmo cuando penetra en las inmensidades del espacio y sorprende el movimiento de esos globos de luz, cuya masa colosal, número, distancia y naturaleza abruman y desconciertan á la razón más bría.

Pero digo mal. La admiración no está vinculada á la grandeza de las cosas; unas y otras denuncian la omnipotencia y la sabiduría del Creador con la misma elocuencia.

«A los ojos de Aquel que ha creado la inmensidad, el insecto vale un mundo; lo mismo le ha costado.»

Y sin embargo lo que conocen aun los más sabios del género humano ¡qué poca cosa es! Nos fascina la superficie de las cosas y no sabemos el meollo de nada. Donde iría á parar nuestra admiración si llegásemos á profundizar y conociésemos lo íntimo de todas las cosas; si estuviese á nuestro alcance el dominio de la subitancia como lo está el de las apariencias y tuviésemos la llave de la materia y de la vida?

Esta incapacidad de la inteligencia humana para abarcar lo ultra sensible es un tormento inevitable, que los grandes genios lamentan sobre manera. «El eterno silencio de esos mundos infinitos me espantaba!» decía Pascal.

Pues bien este tormento de lo desconocido y de lo superior á nuestra luz no exhibía para el alma privilegiada de Jesús. Iluminado por el fulgor del Verbo, su inteligencia penetraba sin esfuerzo en los arcanos de las cosas. La naturaleza no tenía para El, misterio alguno. Razonaba sin obstáculo alguno, pasando de los principios á los fenómenos y de los fenómenos á los principios. Recorría la escala de los seres de extremo á extremo. Su origen le era tan notorio como su destino. Su mirada seguía certera la evolución progresiva del mundo y de cada uno de los seres que la componen. Comprendía los vínculos secretos que armonizan las fuerzas creadas y veía el punto misterioso por donde la voluntad divina les sujeta y les

pone en movimiento. En vez de pararse como nosotros en el colorido de las cosas, va más hondo y comprende su naturaleza, paseando el pensamiento por el misterioso recinto de las esencias de las cosas, lo mismo del espíritu que de la materia; de la substancia y de la vida.

La ciencia constituía su poder. Y cuando más tarde hable como dueño á la naturaleza, á la vida y á la muerte, demostrará que todo lo conoce, que todo lo puede y que es omnipotente porque es omnisciente.

No hay fraseología para pintar el arrobamiento de su espíritu ante esta clarividencia progresiva que disipaba en El todas las sombras y le familiarizaba con el universo.

\*  
\*  
\*

Pero aún hay más. El Verbo es causa ejemplar y eficiente de todo lo que existe. En su Verbo, en su inteligencia increada es donde el Señor ordenó su creación y por su Verbo la realizó en el nacer de los siglos. Así que todos los seres no son más que la expresión de una idea eterna del Verbo: su existencia no es más, la realización de una voluntad creadera del Verbo. Por eso la suprema alegría de Jesús, fué sin duda, el encontrar en todas las cosas la actualización, por decirlo así, de los deseos eternos de la Divinidad. Su paso por el mundo fué como la visita de un señor á sus dominios, y de un artífice á sus producciones. Era para ver prácticamente que la naturaleza estaba revestida de galas prestadas por El. Así resultan de una belleza suprema y de absoluta verdad á pesar de su profunda melancolía, las palabras del Apóstol Juan: «Vino al mundo, y el mundo fué hecho

por El, y el mundo no le ha conocido. Vino á los suyos y los suyos no le han recibido.»

Esta armoniosa correlación entre la idea eterna y la realización en el tiempo constituye la inefable belleza de la Creación. Cada sér lleva en sí algo divino; es un resultado de la sabiduría y del poder del Creador. Reproduce un rayo de su gloria y á su modo y medida canta un himno á su autor. En el inmenso concierto que las criaturas forman en honor del Señor cada una tiene su voz maravillosamente armonizada con las demás. No hay oído humano capaz de percibir esta melodía; sólo Jesús la apreció en toda su embriagada realidad.

Su mirada se humillaba hasta admirar las florecillas del campo con la misma satisfacción con que sorprendía en las alturas el curso de las estrellas. Le gustaba ciertamente esa vitalidad que por doquier se agita durante el día; y por la noche escuchaba en medio del silencio de la naturaleza las remotas armonías de los mundos innumerables que cruzan el espacio.

\* \* \*

Más todavía; todo esto se realiza sin nuestro conocimiento.

Los lazos que unen á las criaturas, con su Creador, son infinitamente más estrechos de lo que nos imaginamos. S. Pablo dijo: «Vivimos en El; en El andamos y estamos en El.» En estas tres frases parece que agota los recursos de la lengua humana para expresar las relaciones entre Dios y el hombre. Y ¿qué diremos de la unión de las criaturas entre sí? La gran ley de la atracción universal que sostiene el

equilibrio de los cuerpos celestes, se encuentra lo mismo en los más insignificantes seres. Los átomos ejercen entre sí la misma influencia que el sol sobre la tierra y la tierra sobre la luna. Nada está abandonado é independiente. Todo está unido formando un solo conjunto. La ciencia humana apenas se da cuenta de las relaciones más elementales; las verdaderamente íntimas se escapan á su investigación. Pero ninguna se ocultó á la mirada de Jesús.

El descubría el conjunto y cada uno de los pormenores. Veía como todo se vincula y se sostiene mutuamente; cómo el orden sobrenatural se sobrepone al orden natural para completo y definitivo desarrollo de éste. Hallaba en el orden físico admirables símbolos del orden moral; y más tarde encantó á las multitudes proponiéndoles en parábolas las grandiosas lecciones que encierran los seres que nos rodean; lecciones que no sabemos ver ni comprender.



## JESÚS Y LA NATURALEZA

La sensibilidad de Jesús se impresionaba ante la naturaleza.

El hermoso cielo del Oriente que permanece semanas y meses sin que haya una nubecilla que le empañe; aquella luz incomparable que convida á la vista á un perpetuo festín de colorido; aquel sol que espolvorea de gloria las cosas más vulgares, y les imprime cierta belleza y encanto en medio de su tosca fealdad; aquellas montañas que no permiten á la mirada que abandone el recinto de Nazaret; las frondosas vides que bordan las faldas de los montes, la llanura de Esdrelón cuajado de ideal fertilidad; aquellas cosechas de candeal y cebada que doran primero los campos y llenan de oro las areas del país; los feraces arbustos y los árboles frutales; las variadas flores de versátil terciopelo; los abundantes pastos; los bosques de cedros seculares y de verdes encinas; los descarnados picos, que velan por los valles, y aquellos torrentes aventurando sus raudales por los precipicios, forman un conjunto que encantaba sus ojos y no dejaba de interesar su atención.

Se desprende claramente de su modo de hablar. Con cuatro rasgos llenos de viveza y de profundidad caracteriza los más insignificantes objetos, y hace que de sus palabras caigan naturalmente las preciosas enseñanzas que desea darnos.

¡Ah! ¡Si pudiéramos nosotros estudiar la naturaleza como Jesús la había estudiado! Cada punto de rocío arrebataría nuestra admiración.

Aunque el Evangelio es sucinto en extremo, podemos esbozar sus predicaciones populares y seguir el trabajo de su pensamiento en los largos años de su infancia y juventud. Vamos á permitirnos recordar estas indicaciones y examinar estas verdades al través de la mirada del Divino Maestro.

\* \* \*

### El grano de trigo.

Entre los productos de la naturaleza nazarena hay algunos que parece tenían especial simpatía para Jesús; que los miraba con particular cariño y empleaba más á menudo y con más complacencia en sus alocuciones. En ellos se inspira para simbolizar la moral; algunos se los apropia elevándolos hasta sí mismo, y los elige para destino más sublime y para más envidiable misión.

Tal fué la suerte *del grano de trigo*. Se ve que siguió con el mayor cuidado sus evoluciones, cosa fácil en aquel país de fabulosas cosechas.

Cuántas veces contemplaría Jesús al sembrador de grave continente; le vería recorrer los surcos recién abiertos y arrojar el grano de trigo, esperanza de la próxima cosecha. A veces el grano mal dirigido se perdía. En los lindes del campo había sendas muy holladas; humildes tapias de pedruscos sobrepuestos, setos de espinos y zarzales. Todo lo que iba á caer allí caía en el vacío. Sobre el camino se lo comían las aves del cielo; entre los guijarros no podía germinar

faltando tierra; y en medio de las malezas, aunque la semilla pretendía levantar su tierno tallo, se veía sofocada por la salvaje mata que crecía sobre ella. En cambio la que caía en buena tierra producía fácilmente el ciento por uno.

Mas la acción del hombre significa muy poca cosa en la obra maravillosa que se va á realizar.

Este grano arrojado á la tierra cae en poder del medio que le envuelve; el surco se repliega enterrando aquel germen que se muere para volver á nacer.

Gracias á la humedad de la tierra y al calor del sol la semilla se enternece; la blanca masa allí cautiva se dilata hasta romper la tenue envoltura que la oprime. y, cuando parece que el diminuto muerto entra en su franco estado de descomposición; aparece un trabajo misterioso; se obra un portento que nadie explica, allí en el centro de la corrupección, en el corazón por decirlo así del grano de trigo.

Un punto casi invisible encierra en sí toda la vida pasada y futura del grano misterioso; es el germen. De repente se hace visible aquella vida escondida; el germen se agita en el seno de aquella menuda y blanquecina viscosidad que produce la harina; se extiende profundizándose y elevándose; por el suelo penetran sus raíces; hacia el exterior surge el vástago gentil que abriéndose paso por entre los terrones se lanza á respirar el aire, y se levanta al fin la airosa y delicada gramínea con su tallo de esmeraldina hermosura.

Al principio es una brizna herbórea, grácil y tierna, y á medida que eleva se robustece y fortifica. La hierbecita se convierte en una caña sutil y flexible; de trecho en trecho hay un nudo que ampara su con-

sistencia: de cada uno de estos nudos como puntos de apoyo parten largas hojas paralelas que constituyen un ornato y un medio de protección. Terminado el desarrollo empieza á formarse en el extremo la espiga; los alvéolos se perfilan alrededor del tallo; allí están ocultos los nuevos granos apenas perceptibles, que luego, pasado el periodo del elemento lechoso, formarán, al madurar, aquellas doradas y diminutas cámaras de harina.

A juzgar por la protección que la naturaleza prodiga al grano, salta á la vista que él es la razón de ser de la planta. Se forma en lo más alto del tallo para alejarse de los malévolos insectos que se arrastran por el suelo. Va revestido de una especie de coraza para hacerlo invulnerable y además para defenderlo de los enemigos aéreos, su alvéolo termina por puntas largas y afiladas que alejan sus ordinarios ataques.

Merced al calor del sol el grano llega á la madurez en pocas semanas y una vez robustecida, la escamosa indumentaria se desprende por innecesaria; cuando se pasa á lo largo de un gran campo de trigo se percibe esa operación de desarmarse el grano, en un chasquido continuo que parece el rumor lejano de un batallón que deja sus armaduras.

Los campos de esmeralda van cambiando su matiz y vistiéndose de ambar y oro. Llega el momento de la siega. Cuando el viento roza sus invisibles plumas al volar entre las espigas, se ve aquel mar dorado agitarse en un oleaje lleno de esperanza y de armonía. —Helos ya caídos en tierra al golpe de la hoz del segador. Van cubriéndose los surcos de apretados montones como guerreros valerosos que han sucum-

bido llenos de honor. A brazadas los van recogiendo para formar gabillas; y luego esparcidos en la era se las someterá á una labor de trituración para separar el grano de la paja.

El grano arrancado de su alvéolo y limpio de todo elemento extraño por el bieldo, se halla preparado para las últimas faenas y dispuesto á dar los tesoros de vida encerrados en su fecundo seno.

Pronto los formidables cilindros de la industria le van á reducir á polvo. Así como enterrado, fué necesario que muriera y entrara en putrefacción para volver á nacer; ahora es menester que sea deshecho y pulverizado para dar al hombre su vivificador sustento.

Reducido al immaculado polvo, aún tiene que sufrir un nuevo martirio. El obrero mezclará aquella purísima harina con agua y formando una pasta, la someterá á la acción del fuego para que se torne dura y forme pan. Esta pasta es para el hombre el alimento por excelencia. El hombre lo dignifica, lo eleva hasta él, se lo asimila y la transforma en su propia substancia. De este modo el grano de trigo que arranca de tan humilde surco, llega á las más altas esferas de la vida animal, hasta la vida espiritual, puesto que concurre á la acción del espíritu y al nacimiento del pensamiento humano.

Parece que su destino debía terminar aquí y que no podría elevarse á mayor altura. Pero al llegar á ese grado lo toma Jesús para sublimarlo mucho más.

En primer lugar quiere que le reconozcamos grandes analogías con su mismo destino.

El verdadero, el eterno sembrador de la verdad y de la vida es Dios; el campo elegido para la divina

siembra, son las almas inteligentes y libres. La semilla que el Señor arroja á los cuatro vientos es su palabra. Palabra eterna y viva, que es el Verbo: luz que esclarece á cuantos vienen á este mundo; principio de vida fuera del cual no hay más que la esterilidad y la muerte. Pero esta semilla divinal no siempre cae en terreno bien dispuesto.

Hay almas tan disipadas que son como una plaza pública por donde se pasean todas las frivolidades. En semejante bullicio y ajetreo, no es posible que la palabra divina llegue ni siquiera á sus oídos; mucho menos que toque su corazón. El mundo y las criaturas la detienen á su paso.

Hay almas sensibles en las que parece que penetra la voz de lo alto; llega hasta á producir algunas resoluciones; hay una fogata de entusiasmo por la virtud, pero pasa la llamarada y todo es superficial. No echa raíces en el corazón, dura un momento. El momento que sigue se le lleva cuando pasa; allí apenas queda un recuerdo y á veces un efímero remordimiento.

Existen otras almas, que serían buenas y muy capaces de esforzarse y caminar decididas hacia la santidad. Los pensamientos eternos hallan un eco profundo en sus corazones; la palabra de Dios les conmueve las fibras más delicadas, les hace falta muy poco para arrebatare hacia Dios en raudo vuelo, pero hay lazos visibles ó invisibles que les amarran al polvo de la tierra; tienen preocupaciones temporales; fiebre de negocios; cariño á los placeres y vanidades del mundo. ¡Ah si no tuviesen estas relaciones que la cautivan! ¡Si hubiesen terminado este ó aquel asunto! ¡Si estuviesen ya tranquilas! ¡Con qué

ilusión se entregarían á Dios! Pero pasan la vida deseando, gimiendo más ó menos sinceramente y la divina semilla sofocada en realidad no puede desarrollarse en almas tan envueltas en la espesura de la materia.

Finalmente, para consuelo del divino Señor, hay almas fecundas y bien dispuestas, como hay tierras feraces y preparadas. Su espíritu no pone obstáculos á la luz, ni el corazón á la verdad. Su voluntad acepta el consejo ó el mandato, y la palabra divina produce ese fruto exquisito, la santidad que regocija el corazón del Señor y deja á los Angeles del cielo en éxtasis ante esas almas, que son joyas de gracia. Son pocas en número, pero como el fruto es centuplicado queda compensada la cantidad.

Jesús había observado en sus excursiones, á través de los campos de cereales, que con sobrada frecuencia se halla el trigo mezclado con cizaña. ¿Tenía la culpa acaso el labrador, que después de la siembra se dormía en falaz confianza? ¿Sería una mera consecuencia de las leyes naturales que permiten siempre al mal que se mezcle con el bien? Entonces los criados se diseminaban por el campo para arrancar las malas hierbas; pero acontecía que con la cizaña arrancaban también el trigo por su gran semejanza, y así resultaba contraproducente su faena. Por eso era preferible aguardar á la siega para hacer la selección. La cizaña en apretados haces se arrojaba al fuego. Este solo hecho á los ojos del Salvador tomaba gigantescas proporciones.

Al dirigir su vista por el mundo, veía en la humanidad esa inevitable mezcla de buenos y malos. Todo lo que viene de Dios es bueno; todas las almas crea-

das en un cuerpo mortal, para darle vida y vivir en él durante el periodo de prueba terrenal, deberían ser buenas y puras. Pero por causas muy diversas de no fácil clasificación, les corrompe la infección en más ó menos grado al venir al mundo. Unas triunfan y semejan al buen grano que dará fruto excelente. Otras se vuelven cancerosas, perdidas, como la hierba maldita, la estéril y mórbida cizaña.

¿Quién arroja esos gérmenes de maldad en el campo del Padre de familia? El gran enemigo de Dios y de los hombres, Satán el protervo que va sembrando el mal por donde Dios siembre el bien. Además la tierra humana está envenenada desde su origen y guarda en su seno miasmas corruptores que respira el pecho del hombre. Y mientras los espíritus infernales se alegran de ver en peligro la cosecha de la eternidad, los Angeles del Señor que velan de continuo por nuestra tierra, se apenan y sollozan ante ese lúgubre cuadro. Piden á Dios permiso para arrancar la cizaña, para hacer desaparecer á los malvados, para que el buen grano prospere y la recolección de almas santas sea más copiosa. Mas el labrador prudente y avisado aguarda el momento propicio y temiendo arrancar el buen grano con la cizaña espera pacientemente el pleno desarrollo. No le importa dejarla crecer porque está seguro que al fin nada se escapará; al fin es mucho más sencilla la selección. Entonces se hará la limpieza sin trabajo; y después que el buen grano se amontone en gabillas, arrojarán á un lado la cizaña y el fuego se encargará de arrojarla al viento hecha cenizas.

Así obra el Señor con sus enemigos. Les deja crecer entre sus hijos, como flores venenosas. Ellos

constituyen la parte sombría del cuadro. Toda su malévolá influencia no sirve más que para acrisolar á los Elegidos y centuplicar sus méritos. Dios vela sobre los suyos y no deja perecer á ninguno; la corrupción del mundo sólo inficiona á los hijos de la perdición. Y cuando llegue el postrer momento y la humanidad esté en razón para la divina siega, los celestes segadores bajarán á los surcos humanos y harán la definitiva selección: á un lado los frutos de elección destinados á los eternos graneros; al otro la perversa cizaña reservada á las llamas eternas.

Cuando Jesús recorría aquellas llanuras de candeal, no pensaba sólo en los fieles y en los condenados; se ocupaba también en sí mismo.

Ese profundo misterio que se realiza bajo tierra en el momento de fecundarse la semilla se le aplicaba á su persona con admirable simbolismo.

El grano de trigo como todas las semillas está sometido á una ley: la del sacrificio absoluto. Es necesario que muera para revivir; que se pudra para fecundizarse. Si no muere, si permanece intacto será siempre estéril y solitario; pero si se descompone y muere, se reproduce y multiplica, llegando sus frutos al ciento por uno.

«¡Lo mismo me pasará á mí!» decía Jesús. Mis enseñanzas no informarán al espíritu humano, ni mis preceptos se impondrán á la voluntad del hombre, ni mi amor se apoderará de los corazones, ni mi vida producirá otras semejantes, á menos que yo no muera como el grano de trigo.

Si mi cuerpo queda molido á golpes como el grano bajo la pesada muela; y mi sangre se derrama hasta la última gota; entonces la ley misteriosa tendrá su

total y espléndida aplicación. De mi muerte tratarán hijos innumerables y discípulos sin cuento; la Iglesia que yo fundaré hallará en mi sangre su inmortal vigor; porque yo sacrificaré voluntariamente mi vida, el Señor me dará eternas generaciones; y cuando fuese elevada sobre la cruz en que he de morir, atraeré á mí todos los corazones.»

Así se complace Jesús en contemplar la odisea de un grano de trigo. Pero de pronto se dilata el horizonte y la sublimidad llega al borde del infinito.

Dios ha querido que la flor de harina constituya el alimento esencial del hombre; por la nutrición, el grano de trigo llega á la naturaleza humana; con esa maravillosa transformación llega á la más alta esfera de los seres creados. Pero Dios quiere que este grano de trigo que se convierte en cuerpo humano, se dignifique hasta ser el cuerpo de Dios. Así se ve como traza las primeras líneas del gran misterio de la Eucaristía. El grano de trigo no cambia de misión; queda aún como alimento del hombre, pero además de ser un exquisito alimento, se convertirá en sustento divino y servirá de vehículo á la Divinidad para llegar á nuestro corazón. El pan material se cambiará en la propia substancia del cuerpo vivo de Jesús. Conservará sus apariencias materiales, como un velo de misterio echado sobre este Cuerpo adorable; y bajo el aspecto de pan, sin serlo, será realmente el Cuerpo del Señor.

Y los Angeles del cielo se postrarán como el hombre ante la humilde Hostia convertida en tabernáculo de la Divinidad. Y los hombres le recibirán con sus labios temblorosos, como un manjar superior á todos; y se nutrirán espiritualmente para calmar su

hambre y su sed eternas. Este es el tesoro de la tierra.

¡Ah semilla de trigo, tan humilde en tu naturaleza y tan grande por tu destino, me extasías al ver á Jesús que se inclina hacia tí y te levanta hasta su Sér!

\* \* \*

### La Vid

En las pendientes de Nazaret abunda el follaje de las viñas de bruñidos y apretados racimos que tributan un vino abundante y de justa reputación en la comarca. También la mirada de Jesús se fijó con afortunado simbolismo para seguir su maravilloso desarrollo.

Jesús veía que al llegar los fríos del invierno y cautivar la savia de las cepas en sus ligaduras de hielo, el labrador cortaba los sarmientos con una aparente crueldad, que no era más que oportunísima prudencia. Podaba todo lo superfluo de la anterior vegetación; los ateridos sarmientos iban cayendo al golpe impasible de sus tijeras, y separados de su centro se secaban, siendo tarde ó temprano ilusión de las llamas. Los que quedaban en pie concentraban en sí mismos toda la vivificadora savia. En primavera aparecían sus relucientes brotes á punto de reventar de vida: y el nudoso y retorcido tallo se cubría de pámpanos henchidos de esperanza. Pronto llega el momento de formarse los floridos racimos que al beso del sol, dilatan su corola llenando el aire de suave perfume. Lentamente se va elaborando la madurez hasta el precioso momento de la recolección. El alborozo preside la grata faena de cortar aquellos

brillantes y apretados racimos de uva que pronto sufrirán la huella feroz del tórculo impasible que les hará reventar y dar de sí el copioso jugo embriador; ya gimen bajo la prensa y corre en purpúreos borbotones el dulcísimo licor.

Jesús seguía paso á paso estas evoluciones de la vid.

Cada detalle de su cultivo le inspiraba un símbolo precioso. Como los antiguos profetas de Israel, recordaba frecuentemente que el Señor había comparado su pueblo á una niña elegida. Dios le había plantado en tierra de su elección; y le había rodeado de un seto protector. En medio de ella colocó una torre para el vigía donde se colocó igualmente la prensa y el jaraiz. ¿Qué más podía hacer por su viña? Y sin embargo ¡cuántas veces fueron inútiles sus desvelos! ¡Cuántas veces esta privilegiada vid en vez de dar un fruto sazonado producía mezquinos abortones.

Esta historia del pueblo de Israel, á los ojos de Jesús, era la vida de la humanidad, y la evolución de cada alma en particular hasta la consumación de los siglos.

Otras veces contemplaba Jesús la infinidad de almas fieles que vivirían de El, de su doctrina, de su amor; y decía de sí mismo: «Yo soy la cepa fecunda y mis discípulos serán los sarmientos. Por ellos pasará la misma savia que por mí. La rama debe estar adherida al tronco para vivir y fructificar, por eso á mí han de estar unidos para dar frutos de vida eterna; es necesario que mi vida pase por ellos, pues yo no he venido más que á dar vida á los que me reciben. Mi Padre es el viñador; el viñador poda y suprime todos los sarmientos inútiles para que los

demás se vigoricen y den frutos más abundantes y sabrosos. Así mi Padre irá cortando, en vivo, de las almas de mis servidores, todo lo superfluo y lo humano para dejar lugar á lo sublime, á lo divino; entonces aparecen en ellos esa sobrenatural eflorescencia de virtudes y de buenas obras que regocijarán el corazón de mi Padre y que los ángeles recogerán para embellecimiento de la celestial Jerusalén.»

Jesús se complacía en recorrer las colinas de Nazaret, respirando el aroma de las viñas en flor, como el gran Salomón por los alcores de Bettir y de Engaddi, atraído por las perfumadas brisas primaverales. Llegado el estío contemplaba minuciosamente todas las labores de recolección, en medio de la jovial satisfacción de los vendimiadores. El purpúreo racimo puesto en la prensa deja escapar ese licor, ese néctar delicioso inventado por la Providencia para reanimar las fuerzas del hombre.

El vino recuerda la sangre, y Jesús continúa la metáfora viendo obrarse en su persona, el día de sus cruentas bodas con la Cruz, la mística vendimia que había de proporcionar la vida á la humanidad. Esa sangre redentora que llevaba en sus venas como la vid guarda el sabroso licor en su médula y lo almacena en los pintados racimos, esa sangre regeneradora estaba deseando saltar é inundar la tierra. Al efecto, era necesario que su cuerpo fuese macerado oprimido por el tórculo del dolor, como la uva en el lagar. Pero.... ¡adelante! esa es la ley de la vida, todo eso debía costar el derramar la vida en este mundo. Así embriagaría las almas con el verdadero gozo, que es el de la inocencia y el de la vida verdadera que ha de ser una participación de la misma